

Albert O. Hirschman

La retórica reaccionaria

Perversidad, futilidad y riesgo

Traducción de Teresita de Vedia

Prólogo de Santiago Gerchunoff

ci Capital intelectual

Hirschman, Albert O.

La retórica reaccionaria : perversidad, futilidad, riesgo / Albert O. Hirschman ; coordinación general de Creusa Muñoz ; dirigido por José Natanson. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capital Intelectual, 2021.

208 p. ; 22 x 15 cm.

Traducción de: Teresa De Vedia.

ISBN 978-987-614-620-3

I. Análisis Político. I. Muñoz, Creusa, coord. II. Natanson, José, dir. III. De Vedia, Teresa, trad. IV. Título.

CDD 320.01

© de la presente edición, Capital Intelectual S.A., 2020.

Director: José Natanson.

Coordinadora de la Colección de libros de Capital Intelectual:
Creusa Muñoz.

Edición: Santiago Gerchunoff

Traducción: Teresita de Vedia

Corrección: Lola Delgado Müller y Santiago Tena

Diseño de tapa: Emmanuel Prado

Diagramación: Daniela Coduto

Comercialización y producción: Esteban Zabaljauregui.

Título original: *The Rhetoric of Reaction. Perversity, Futility, Jeopardy*

© by the President and fellows of Harvard College, 1991.

© Capital Intelectual, 2021.

Esta edición se publica en acuerdo con Harvard University Press
a través de International Editors' Co.

1ª edición. Impreso en Argentina.

Capital Intelectual S.A.

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Teléfono: (54-11) 4872-1300.

www.editorialcapin.com.ar

Hecho el depósito que indica la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento sin el permiso escrito de la editoria

ÍNDICE

Prólogo. Santiago Gerchunoff	11
Prefacio	25
1. Doscientos años de retórica reaccionaria	27
Tres reacciones y tres tesis reaccionarias	29
Nota sobre el término “reacción”	33
2. La tesis de la perversidad	37
La Revolución Francesa y la proclamación del efecto perverso	38
El sufragio universal y sus efectos supuestamente perversos	45
Las Leyes de Pobres y el Estado de Bienestar	51
Reflexiones sobre la tesis de la perversidad	59
3. La tesis de la futilidad	67
Cuestionamiento del alcance del cambio producido por la Revolución Francesa: Tocqueville	69
Cuestionamiento del alcance del cambio que probablemente seguirá al sufragio universal: Mosca y Pareto	74
Cuestionamiento del grado en que el Estado de Bienestar “entrega los bienes” a los pobres	84
Reflexiones sobre la tesis de la futilidad	92
4. La tesis del riesgo	103
La democracia como amenaza a la libertad	108
Inglaterra: las grandes Leyes de Reforma de 1832 y 1867	111
Francia y Alemania: del riesgo a la incompatibilidad	121

El Estado de Bienestar como amenaza a la libertad y la democracia	129
Reflexiones sobre la tesis del riesgo	139
5. Comparación y combinación de las tres tesis	151
Cuadro sinóptico	151
La influencia comparativa de las tesis	154
Algunas interacciones simples	157
Una interacción más compleja	161
6. De la retórica reaccionaria a la retórica progresista	165
La ilusión de la sinergia y la tesis del peligro inminente	165
“Tener la historia de nuestra parte”	170
Contrapartidas de la tesis de la perversidad	174
7. Más allá de la intransigencia	179
¿Un giro en la argumentación?	179
Cómo <i>no</i> discutir en una democracia	182
Agradecimientos	187
Notas	191

PRÓLOGO

Santiago Gerchunoff

¿Por qué es intransigente la reacción y reaccionaria la intransigencia?

A propósito de un título

The Rethoric of Reaction fue el último de los grandes libros de Hirschman, se publicó en 1991 y en sus páginas el genio de Berlín discurre más libre y más cómodo que nunca entre el conocimiento económico, la historia, la teoría política y la filosofía. A pesar de tener ya 76 años, Hirschman persistía en su manía juvenil de cambiar de planes sobre la marcha, de modificar cosas hasta el último minuto y esto se expresó en el caso de la edición de este libro, cuando intentó cambiar el título en el último momento, con el manuscrito ya terminado. Hirschman había entregado su texto con el título de *The Rethoric of Reaction*, y le pedía a su editor que cambiara la palabra “reaction” por “intransigence”, “reacción” por “intransigencia”. El editor se negó, considerando que “intransigencia” era una palabra demasiado extraña para el norteamericano medio y que dejaría al posible lector en un estado de confusión nada conveniente para ser atraído por el libro. Sí lo hicieron otros editores, por recomendación del propio Hirschman, para la edición del libro en otras lenguas, como el castellano, en el que el libro se publicó como *Retóricas de la intransigencia*¹. Más allá de nuestra propia decisión editorial (que explicamos al final de este texto) de retornar el título de la edición original en inglés y titular esta nueva

traducción como *La retórica reaccionaria*², creo que entender el “capricho” de último momento de Hirschman es una buena manera de investigar y resaltar algunos de los elementos claves del “pensamiento hirschmaniano”. Más todavía, me arriesgo a decir que en la intención de Hirschman de sustituir una palabra por otra (apenas una palabra), se esconde la esencia de “lo hirschmaniano”, la singular fluidez de su mente.

Por qué intransigencia

Coloquémonos en la coyuntura histórica. Hirschman escribió este libro contra los primeros ataques del neoliberalismo al Estado de Bienestar, en los años 80 del siglo xx. Fue un libro —dentro de lo que un autor tan sutil como Hirschman podía permitirse—, guerrero, militante, confrontativo. Durante todo el proceso de investigación y escritura creyó escribir un libro “progresista”, en contra de los neoconservadores de la época (Reagan, Thatcher, y otros publicistas neoliberales de segundo orden). En términos más vulgares, pero relevantes en el debate público, parecía un libro “de izquierda” o “liberal” (en el sentido norteamericano del término). Por eso el título que manejó todo el tiempo con comodidad fue “la retórica reaccionaria” o “la retórica de la reacción”. Los “reaccionarios” eran sus adversarios ideológicos; tanto los autores “reaccionarios” sobre los que se focaliza en el libro y los enemigos históricos de “el progreso”, más en general. En principio, Hirschman no parecía tener problema con esta identificación de su propio lugar de enunciación y las fuerzas históricas progresistas; pero a medida que la investigación histórica lo desplazaba hacia el pasado (desde la Revolución Francesa en el siglo xviii, hasta la extensión del sufragio universal en el siglo xix), empezó a sentirse incómodo con esa apariencia de libro “de izquierda” o progresista. Se dio cuenta³, sin poder desarrollarlo mucho, de que había una esencia conceptual, un suelo lógico común (que no llegó a formular claramente) de

los tres tipos de tesis “reaccionarias” que había identificado y que criticaba, que no era solo propiedad de los reaccionarios (de los conservadores, de la derecha), sino que podía ser también patrimonio de pensadores progresistas. Que no solo los (históricamente llamados) reaccionarios podían usar una retórica reaccionaria, sino también los progresistas. Esta incomodidad que acabaría manifestándose en toda su crudeza con el viraje de Hirschman sobre el título del que venimos hablando, está ya objetivada en el libro, en un elemento, en cierto modo lateral al argumento central, pero que resulta esencial en términos hirschmanianos: el capítulo sexto del libro.

De hecho, si nuestra pregunta es: ¿qué diferencia hay entre “reacción” e “intransigencia” en los términos en los que está planteado el argumento de Hirschman?, la respuesta tendríamos que buscarla, antes que nada, en el sorprendente capítulo sexto, titulado “De la retórica reaccionaria a la retórica progresista”. Este capítulo es para mí uno de los gestos de mayor virtuosismo en la carrera intelectual de Hirschman; un pensador tan único en su honestidad, como para reconocer dentro de un propio ensayo, que algún elemento de su hipótesis estaba equivocado, y que la conciencia de ese error requería un cambio de rumbo en la investigación y en la presentación del argumento. En el caso del capítulo sexto de *La retórica reaccionaria*, Hirschman se hace cargo de la validez de la hipótesis de que una lógica en espejo (por tanto, una misma lógica) se puede aplicar en la tríada perversidad/futilidad/riesgo a las posiciones progresistas tanto como a las reaccionarias, generando así, como contrapartidas, otros tres tipos de tesis similares, análogas a las tesis reaccionarias.

Este “descubrimiento” es el que lleva a Hirschman a intentar el cambio de título, considerando que no son *solo* las tesis de los reaccionarios de lo que en realidad trataba el libro; que había algo común a las tesis de reaccionarios y progresistas que obligaba a recurrir a un remedio de última hora (desesperado y vago) con la palabra “intransigencia”. Hirschman no ofreció

una definición clara de intransigencia, pero podemos tomar como guía lo que nos sugiere esta palabra —fallidamente elegida a ojos del primer editor del libro—, para rastrear algo que esa palabra no nombra del todo, pero que la intención de usarla nos orienta a encontrar.

Quien haya leído el libro convendrá en que lo que hay detrás de todos los reaccionarios de los primeros cinco capítulos, pero también de los progresistas del capítulo sexto, es cierto empecinamiento teórico, cierta *hybris* en la pretensión de predecir el futuro gracias a una teoría. Son pensadores que usan una fórmula teórica para *demostrar* que tal o cual cambio *va a terminar* de esta o aquella manera, en una mecánica determinista que siempre estuvo en las antípodas de Hirschman. “Efecto perverso” [*effet perverse*] es el nombre histórico, de hecho, del origen de la primera clase de tesis reaccionaria (y de algún modo, la esencia primera de “lo reaccionario”), la *tesis de la perversidad*. Son pensadores, todos los retratados en el ensayo (de Burke a Lebon, pasando por Maistre, o Mosca), expertos en “efectos”, que se arrogan la capacidad de predecir el curso de los acontecimientos, que pretenden descubrir, mediante la aplicación de alguna fórmula⁴ ideológica, cómo se va a desarrollar (mecánicamente) el curso de la historia. En un caso (el de los reaccionarios), como argumento pesimista contra el cambio, y en el otro, en el caso de los progresistas, como empecinamiento optimista a favor del cambio⁵.

De modo que la vaga “intransigencia” de la que habla Hirschman tiene que ver con cierto *empecinamiento* teórico (el nombre es mío); quizá podríamos decir: “necedad” u obstinación intelectual. ¿Cuál sería el contrario de esta necedad, de este empecinamiento? ¿Qué sería lo contrario de la “intransigencia” tal y como pretendía usarla Hirschman para sustituir “reacción”? La pregunta es importante para conocer el corazón del pensamiento hirschmaniano, porque sabemos que Hirschman, después de recorrida su investigación para el libro no se sentía

tranquilo intelectualmente concibiéndose como “lo contrario” a “los conservadores”, pero sí como “lo contrario” a “los intransigentes”. Quizá ir un poco atrás en la vida de nuestro autor nos sirva para entender qué sería, en clave hirschmaniana, lo contrario de la intransigencia intelectual.

La “inconsistencia ideológica” como valor fundamental hirschmaniano

En 1937, con veintidós años, Hirschman llega a Trieste después de pasar varios meses en el frente de la Guerra Civil española, enrolado en el POUM, con la mítica Columna Ascaso. Antes, en 1933, ha huido de su Berlín natal y ha vivido y estudiado en París y en Londres. Nunca habló mucho de la experiencia de la guerra, ni siquiera con su mujer; lo que no pudo quitarse fueron las cicatrices en el cuello y en los brazos. Varios de sus amigos voluntarios italianos, franceses y alemanes murieron junto a él, y se sabe que Otto Albert entró en combate. Pero llegó a Trieste además de herido y conmocionado, muy decepcionado con la acción de los comunistas, asesinando a hombres de sus propias filas. Diría que a esa edad ya se había decepcionado casi de toda ortodoxia: se había decepcionado de Marx y también se había decepcionado de Keynes (que tenía ideas “demasiado grandes”), pero probablemente no de Hegel, su gran amor de juventud; y se empezaba a enamorar de Montaigne y Maquiavelo. En todo caso, ninguna de esas decepciones evita que en Trieste se ponga en contacto con el movimiento antifascista y que colabore con sus impresionantes conocimientos de demografía y estadística para efectuar contraanálisis de las descripciones oficiales que los fascistas hacían sobre la salud de su economía. Hirschman se mostró entonces como un maestro para leer entre líneas las estadísticas oficiales y descifrar dónde estaban teniendo verdaderos problemas los fascistas. Ninguna de sus decepciones ideológicas le evitaba tampoco jugarse la

vida trasladando papeles entre Italia y Francia con una valija de doble fondo con la que viajaba en tren (usando el privilegio de la ciudadanía alemana para transitar la Italia fascista). Hablando sobre esta época de resistencia antifascista, Jeremy Adelman, el gran experto y biógrafo de Hirschman, hace explícita una idea para mí fundamental sobre la particular posición espiritual de Hirschman al menos desde su adolescencia bajo el prenazismo del Berlín de los primeros años 30:

Cada vez más, tenía la sensación de que ahondar en economía y demografía era una forma de cumplir su compromiso con el progreso social sin tener que preocuparse a la vez por la presión crónica de justificar su posición. *Al deshacerse de la búsqueda ilusoria de una consistencia ideológica*, la cual dominaba gran parte de los debates de izquierda, ganó cierta libertad para buscar algo más: una mayor coherencia analítica y perspicacia observacional, que lograría perfeccionar mientras escudriñaba los datos de la economía italiana [...]. La idea de que la duda podía invitar a la reflexión moral y a la acción en lugar de frustrarlas, *emancipó finalmente a Hirschmann de la obsesión por fundamentar todo pensamiento y praxis en la comprensión de la totalidad de la historia.*⁶

Deshacerse de la consistencia ideológica, abrazar la *inconsistencia ideológica* liberó intelectual y éticamente como nada antes al joven Hirschman. Pero si hay un texto que sea en sí mismo una prueba de la intensidad del compromiso de Hirschman con la *inconsistencia ideológica*, este es el sexto capítulo de *La retórica reaccionaria*, su obra más madura, al que me vengo refiriendo. Esta genial coda, profunda y autosubversiva, es una de las cimas del pensamiento de Hirschman: después de construir un libro entero en una dirección, el propio autor muestra en un penúltimo capítulo que se puede también estudiar el mismo fenómeno con una ideología contraria⁷. Este capítulo lo enemistó con todo

el mundo: a los “progresistas” que podrían haberse sentido halagados por el resto del libro, los alejaba de poder apoyarlo, y a los “conservadores” este giro final no les alcanzaba para dejar de sentirse agraviados por el resto del libro. He aquí la clave. Era lo contrario de la “intransigencia” aquello que Hirschman siempre había buscado, y lo contrario de la “intransigencia” era la *inconsistencia ideológica*, la versatilidad, la flexibilidad teórica. La libertad de no depender de una visión total (una ideología consistente) desde la que interpretar toda la realidad, el poder de “transigir” y encontrar soluciones intermedias, mestizas, incompletas.

Pero este fragmento también podría ser interpretado como representando un giro de Hirschman de lo teórico a lo empírico, de tal modo que se podría deducir (erróneamente) que hoy en día Hirschman sería un defensor de la vía estrictamente “cuantitativa” de las ciencias sociales (centrada básicamente en datos). Creo que la “inconsistencia ideológica” como algo contrario a la “intransigencia” (o a “la reacción”) no es tanto una inclinación por el empirismo como una encarnación de la tendencia a la autosubversión ideológica, que se facilita estando atento a los datos (a lo empírico); tiene más que ver con no quedarse tranquilo del todo nunca con lo que la teoría dice y estar atento a la realidad al punto de estar dispuesto a soportar la nueva inconsistencia de la teoría. Así, una y otra vez. Toda la vida.

En cierto modo, se trata de la necesidad de no perder de vista nunca la contingencia en la que se mueve la acción humana, cuya trama es el material del que está hecho el mundo social y político. De hecho, Hirschman concebía como centro genuino de la ciencia social el estudio de “las consecuencias involuntarias de la acción humana”. Recordemos que ya en *Las pasiones y los intereses*, los protagonistas (Pascal, Nicole, Vico, Mandeville, Adam Smith) eran aquellos que habían construido a lo largo de dos siglos una legitimidad ideológica para el capitalismo confiando en los efectos benéficos *no planeados* (o “bendiciones disfrazadas”) de la acción humana. Ideas como “la mano invisible” se servían de

esta base: la acción individual inspirada en intenciones egoístas tiene consecuencias positivas para el conjunto social al articularse beatíficamente en el mercado con el resto de las acciones egoístas. “De vicios individuales, beneficios colectivos” más o menos reza otra de las formulaciones que estudia Hirschman en aquel libro. En cambio, los protagonistas de *La retórica reaccionaria*, sobre todo los defensores de la tesis de la perversidad, se concentran también en las consecuencias no planeadas de la acción humana, pero no ya en sus supuestos efectos benéficos, sino al contrario, en sus efectos negativos *perversos*.

Lo que le importa subrayar a Hirschman es que en todos estos casos (encuentren un efecto involuntario positivo o negativo para la acción humana) se está negando lo más esencial a la idea de “consecuencias involuntarias”, la idea de “incertidumbre”. En palabras del propio autor:

El efecto perverso, que parece ser una mera variante del concepto de consecuencias involuntarias, supone en un aspecto importante su negación e incluso una traición a él. De modo que el concepto de consecuencias involuntarias *introdujo originariamente la idea de incertidumbre y final abierto* en el pensamiento social, pero, escapando de su nueva libertad, los promotores del efecto perverso vuelven a la visión de *un universo social, otra vez, totalmente predecible*.⁸

Lo que aquí Hirschman aplica a los profetas del efecto perverso vale también para todos los pensadores que aparecen retratados en este libro, tanto los conservadores como los virtuales progresistas del capítulo sexto: tanto unos como otros están persiguiendo un mecanismo taxativo por el que se desenvuelve lo social y lo político, huyendo de la idea de incertidumbre, de final abierto, o, para decirlo en términos de Hannah Arendt, del carácter radicalmente impredecible de las consecuencias de la acción humana.

En el fondo, es esta pertenencia de la acción humana (y por tanto de todo “lo político”) al ámbito de lo contingente lo que está defendiendo Hirschman contra los intransigentes. Los intransigentes —los reaccionarios en un sentido amplio que incluiría también a los progresistas—, serán justamente todos los profetas racionalistas, sean de la tendencia que sean, tengan los valores que tengan.⁹ Hirschman estaba preocupado por la figura del profeta y en particular del profeta lúgubre; en los diarios de la época de edición de este libro, había apuntado:

Profecía -siempre un desastre.
desastroso = Casandra
o: profeta = suscita acción
¿versión pesimista?
Ej: Malthus¹⁰

En realidad, es cierto mecanicismo historicista lo propio de lo “reaccionario” que Hirschman pinta en el libro. Es este mecanicismo empecinado el que Hirschman descubre al final de su recorrido intelectual, el que no es propiedad exclusiva de conservadores o derechistas, el que atraviesa el arco y llega a izquierdistas o progresistas, y que por tanto nos permite usar términos como “reaccionario de izquierda” con sentido.

Motivos para otro cambio de nombre

Precisamente el hecho de que hoy entendamos y sepamos capaces de usar la expresión “reaccionario de izquierda” me lleva a creer que *La retórica reaccionaria* es un título inmejorable, que se hace cargo de la preocupación de Hirschman para que el libro no estuviera tan decisivamente atravesado por el eje conservador/progresista (o derecha/izquierda). Mantener como título *La retórica reaccionaria* nos permite aprender con Hirschman una caracterización de “lo reaccionario” que es transversal a todas

las ideologías: cualquier teórico obsesionado con la “consistencia ideológica” de sus teorías, sería, más allá de sus valores, posiblemente, un pensador reaccionario.

Si para algo sirve este libro es para entender cómo cierto empecinamiento ideológico, metafísico, cierta visión mecánica y taxativa de la historia es un mal común a todos los flancos ideológicos. Es con este clásico de Hirschman con el que uno aprende a expulsar las certezas y a convivir con la incertidumbre y con la naturaleza contingente de lo humano y lo político. El “reaccionario” transversal no permite a la realidad *ser* para tratar de entenderla, sino que reacciona a cualquier hecho o visión que lo contradiga, intentando dar lecciones sobre cómo funciona y funcionará la realidad social. Resultan tan “reaccionarios” entonces los deterministas del fracaso como los deterministas del éxito, todos, siempre, desde una orgullosa consistencia ideológica desde la cual es imposible transigir.

La retórica reaccionaria

Perversidad, futilidad y riesgo

A Sarah, mi primera lectora
y crítica durante cincuenta años

PREFACIO

“¿Cómo llega alguien a ser así?” En un cuento de Jamaica Kincaid publicado en *The New Yorker* (26 de junio de 1989, pp. 32-38), una mujer del Caribe repetía insistentemente esta pregunta acerca de su empleadora, Mariah, una efusiva, demasiado amigable y algo odiosa norteamericana, madre de cuatro hijos. En ese contexto, las diferencias sociales y el trasfondo racial proporcionaban gran parte de la respuesta. Sin embargo, al leer el cuento, me quedó claro que la pregunta de Kincaid —una preocupación sobre la enorme, obstinada y exasperante otredad de los otros— sería la pregunta central de este libro.

La inquietante experiencia de verse excluido no solo de las opiniones, sino de toda la experiencia vital de muchos de nuestros contemporáneos es, en realidad, algo típico de las sociedades democráticas modernas. En estos tiempos de celebración universal del modelo democrático puede parecer fuera de lugar explayarse en las deficiencias del funcionamiento de las democracias occidentales. Pero es precisamente el espectacular y estimulante derrumbe de ciertos muros el que llama la atención sobre aquellos que permanecen intactos o sobre las grietas que se profundizan. Entre estas existe una que puede verse con frecuencia en las democracias más avanzadas: la falta sistemática de comunicación entre grupos de ciudadanos, como liberales y conservadores, o progresistas y reaccionarios. La separación

entre estos grandes grupos me parece más preocupante que el aislamiento de individuos alienados en la “sociedad de masas” de la que los sociólogos han hablado tanto.

Curiosamente, la propia estabilidad y el funcionamiento correcto de una sociedad democrática bien ordenada depende de que sus ciudadanos se organicen en unos pocos grupos fundamentales (de manera ideal, dos) bien definidos, con opiniones diferentes en asuntos políticos básicos. Es fácil entonces que estos grupos construyan un muro entre uno y otro. En este sentido, la democracia genera de forma continua sus propios muros. Como el proceso se retroalimenta, cada grupo en un momento dado se preguntará por el otro, con suma perplejidad y, muchas veces, con mutua revulsión: “¿Cómo llegaron a ser de esa manera?”

A mediados de los ochenta, cuando comenzó este estudio, esa era sin duda la manera en que muchos liberales en los Estados Unidos, incluido yo mismo, veían al triunfante y creciente movimiento conservador y neoconservador. Una reacción a esa situación fue indagar en la mentalidad o personalidad conservadora. Pero esta suerte de ataque frontal y, supuestamente, profundo me pareció poco prometedora: ampliaría la grieta y, además, conduciría a una fascinación exagerada por un adversario demonizado. Por eso decidí intentar un examen “imparcial” de los fenómenos superficiales: el discurso, los argumentos y la retórica considerados de forma histórica y analítica. En el proceso se vería que el discurso es moldeado no tanto por los rasgos fundamentales de la personalidad, sino simplemente por los *imperativos de la argumentación*, casi sin importar los deseos, el carácter o las convicciones de los participantes. Exponer estos lazos podría ayudar realmente a aflojarlos y, de esta manera, modificar el discurso y restaurar la comunicación.

Que el procedimiento que seguí posee estas virtudes queda demostrado tal vez por la manera en que, hacia el final del libro, mi análisis de la “retórica reaccionaria” da un giro para abarcar la variedad liberal o progresista, en cierto modo, para sorpresa mía.